

de la Propiedad de Almansa y en otros, hasta no dejar resquicio alguno en su detallada investigación. Importante ha sido el material diverso, sobre todo documentación y programas de mano, aportado por amantes del cine y aficionados almanseños.

El cuerpo del trabajo consta de dos bloques. El primero, que podemos denominar “de investigación”, es el que aporta los datos sobre los comienzos del cine en la ciudad y el contexto sociocultural en el que se enclavan los primeros lugares de proyección. En el primer capítulo, la profesora Cortés estudia de modo exhaustivo los lugares de proyección, las sociedades constituidas para la explotación de los locales y los enclaves y la evolución de los edificios de los cinematógrafos. Protagonistas de este capítulo son el Teatro Principal, el Salón Cine Moderno, el Cine Cervantes, el ahora reformado Teatro Regio, el Coliseum, el Cine Presidente o los llamados cines de verano, como el popular Teatro de la Glorieta o la terraza de verano del Teatro Regio. El segundo capítulo gira en torno al cine como espectáculo público. En él se estudian las distintas reglamentaciones (impuestos, censura, visados y disposiciones sobre propaganda y publicidad) y los precios de las proyecciones entre los años veinte y los noventa del pasado siglo. El tercer capítulo está dedicado a la crítica cinematográfica, sus comienzos y su desarrollo a través de los años.

Quizá dentro de esta primera parte, el capítulo más interesante desde el punto de vista sociológico es el dedicado al Cineclub Independiente. Siguiendo el ejemplo de otras agrupaciones dedicadas a la proyección cinematográfica, donde fue pionero el Cineclub Español, creado y dirigido por Ernesto Giménez Caballero en 1928 y, geográficamente más cercano, el Cineclub Albacete, que comenzó su andadura en 1955 en la capital, el Cineclub Independiente se creó en el año 1977 a partir de un grupo de aficionados al cine, la mayoría profesores. Este cineclub se fundó en un momento en el que las salas comerciales ofrecían proyecciones de muy baja calidad intentando programar películas que cubrieran el vacío comercial. Con el paso del tiempo hasta 730 socios han pasado por sus filas, aunque a partir del año 1984 comenzó un descenso en el número de afiliados llegando a contar en el año 2000 sólo con 84 miembros, número muy inferior al de etapas anteriores. Este descenso, según la autora, está motivado por “la abundancia, variedad y novedad de las salas comerciales y de lo que en ellas se proyecta, además de la fuerte intromisión del vídeo en el día a día (...)”.

El capítulo quinto es el dedicado a los programas de mano, que tan extensamente son reproducidos en la segunda parte de este trabajo. En él se detiene en las imprentas que los elaboraron, la de Constantino Sánchez y la de Antonio Molina, además de dar noticia de la imprenta de Ramón